

EL SEÑOR
D. JOAQUIN DIAZ GARCÉS

Nuestro diario está de duelo por la muerte de uno de sus redactores, don Joaquín Díaz Garcés. Llegó a esta casa a principios del año anterior, en plena madurez de su talento, con una fecunda historia en el periodismo nacional, uno de cuyos principales puestos había conquistado desde hacía tiempo. Abandonaba "El Mercurio", donde trabajó muchos años, no sin sentir el penoso desgarramiento de antiguos afectos, obediente a los dictados del patriotismo, tal como él lo entendió en aquella hora, que le señalaba un camino decidido en la contienda electoral que se iniciaba con rasgos de lucha de clases, comprometiendo el porvenir del país. En nuestras columnas deja una profunda huella. Laborioso, dotado de las más generosas dotes de escritor, a menudo enviaba hasta cuatro artículos al día, de asuntos, de carácter, de tono diversos, todos de interés. Ha tratado con ardor las cuestiones políticas; prodigó virilmente su persona en los largos meses de las contiendas electorales; se presentó en una faz nueva en el periodismo nacional. Escribiendo sobre su firma, en plena libertad, sin la responsabilidad embarazosa de los artículos editoriales, pudo manejar todos los recursos de su talento, animado por pasiones nobles. En el periodismo francés contemporáneo, hay algunos nombres con los cuales podría compararse. Únicamente lo crucial de la enfermedad que le había herido, pudo detener su actividad; y aun en los días—no hace más de una semana—de tregua de sus dolencias, avaloraba nuestras columnas con artículos de vehemente lucha contra el socialismo engañador, en defensa del espíritu nacional, de la verdadera tradición chilena de buen sentido generoso, excluyente de odios y envidias, que ha labrado nuestra historia.

Desde su adolescencia tuvo Joaquín Díaz la vocación de la prensa; a los dieciséis años colaboraba en "El Chileno". En 1899 entró en "El Mercurio", donde trabajó hasta hace algún tiempo, descontando los cuatro años de su carrera diplomática, como secretario de nuestras Legaciones en Italia y Bélgica. En "El Mercurio" desempeñaba la redacción principal. La flexibilidad de su talento le permitía escribir—allí, como después en nuestro diario—con igual acierto artículos de fondo, de costumbres, de fina observación, notas humorísticas de carácter propio y espíritu muy chileno, críticas de literatura y de arte. Sabía hacer meditar en las columnas destinadas a materias de importancia, a cuestiones de gobierno o internacionales, por ejemplo; sabía hacer reír en las secciones ligeras; sabía conmover cuando narraba una desgracia o se acudía a su pluma para que moviera al público al socorro de las instituciones de caridad o de los necesitados.

JOAQUIN DIAZ GARCÉS

Joaquín Díaz Garcés vivió en este diario el último año y medio, que fue la porción más preciosa de su preciosa existencia. Los años anteriores, puede decirse que los vivió con tranquila paz, alejado de la lucha ardorosa, desplegando, en sereno ambiente, las galas de su ingenio peregrino, de su talento exuberante y de sus prodigiosas dotes de escritor inimitable: en ellos, cimiento del prestigio y extendió la fama de su personalidad que más tarde iba a dedicar con generosidad apasionada al servicio de las más nobles causas, y, en ellos también, dejó crecer con fuerza latente los grandes sentimientos que más tarde desbordaron como raudales inmensos.

JOAQUIN DIAZ GARCÉS

Su sentimiento patriótico lo llamó a la acción política en la prensa para defender en hora amenazante los principios del orden y los altos intereses nacionales. Y, haciendo abnegados sacrificios, se lanzó a la lucha. ¡Qué hermosa lucha! Se colocó, destacado como el primero, en la primera línea, y comenzó la campaña en que, día a día, lanzaba uno, dos y tres artículos vibrantes, llenos de fuego, cada cual más noblemente apasionado, más valiente y más cierto.

JOAQUIN DIAZ GARCÉS

Si descolló por sobre todos como periodista-literato, descolló más todavía como luchador. Cuando ayer cerró para siempre sus labios, aun palpitantes con el cansancio de la lucha, pudo decir: "he librado un buen combate". Su sentimiento religioso, siempre profundo y siempre puro durante su vida entera, subió a la exaltación fervorosa. No sólo no había en él esa debilidad del espíritu creyente, que

rán, sin embargo, porque en ellos hay algo más que el mero comentario de actualidad: hay observación de la naturaleza humana, hay arte, y hay, sobre todo, un reflejo de la personalidad de su autor.

Si él pudiera oír estas apreciaciones, acaso reíría. Cuando Joaquín Díaz escribía, lo hacía tan rápido, tan fácil, tan naturalmente como cuando hablaba. Entre un grupo de amigos, en la mesa de un restaurant, en el club, a veces hasta en la calle, anotaba una observación, hacía un párrafo o redactaba un artículo. El mismo día que lo sorprendió la muerte, escribía...

Fué un gran periodista, tal vez el mejor periodista, y, sin duda alguna, el de estilo más variado, y ameno de cuantos ha habido en Chile.

Los que escribimos en este diario, que es de combate, en este diario, que es de católicos, decimos de Joaquín Díaz Garcés: nos ha precedido en el descanso después del combate, y nos ha precedido con la señal de la fe.

Los que escribimos en este diario, que es de combate, en este diario, que es de católicos, decimos de Joaquín Díaz Garcés: nos ha precedido en el descanso después del combate, y nos ha precedido con la señal de la fe.

Los que escribimos en este diario, que es de combate, en este diario, que es de católicos, decimos de Joaquín Díaz Garcés: nos ha precedido en el descanso después del combate, y nos ha precedido con la señal de la fe.

Los que escribimos en este diario, que es de combate, en este diario, que es de católicos, decimos de Joaquín Díaz Garcés: nos ha precedido en el descanso después del combate, y nos ha precedido con la señal de la fe.

Los que escribimos en este diario, que es de combate, en este diario, que es de católicos, decimos de Joaquín Díaz Garcés: nos ha precedido en el descanso después del combate, y nos ha precedido con la señal de la fe.

Los que escribimos en este diario, que es de combate, en este diario, que es de católicos, decimos de Joaquín Díaz Garcés: nos ha precedido en el descanso después del combate, y nos ha precedido con la señal de la fe.

Los que escribimos en este diario, que es de combate, en este diario, que es de católicos, decimos de Joaquín Díaz Garcés: nos ha precedido en el descanso después del combate, y nos ha precedido con la señal de la fe.

Los que escribimos en este diario, que es de combate, en este diario, que es de católicos, decimos de Joaquín Díaz Garcés: nos ha precedido en el descanso después del combate, y nos ha precedido con la señal de la fe.

Los que escribimos en este diario, que es de combate, en este diario, que es de católicos, decimos de Joaquín Díaz Garcés: nos ha precedido en el descanso después del combate, y nos ha precedido con la señal de la fe.

Los que escribimos en este diario, que es de combate, en este diario, que es de católicos, decimos de Joaquín Díaz Garcés: nos ha precedido en el descanso después del combate, y nos ha precedido con la señal de la fe.

Los que escribimos en este diario, que es de combate, en este diario, que es de católicos, decimos de Joaquín Díaz Garcés: nos ha precedido en el descanso después del combate, y nos ha precedido con la señal de la fe.

Los que escribimos en este diario, que es de combate, en este diario, que es de católicos, decimos de Joaquín Díaz Garcés: nos ha precedido en el descanso después del combate, y nos ha precedido con la señal de la fe.

Los que escribimos en este diario, que es de combate, en este diario, que es de católicos, decimos de Joaquín Díaz Garcés: nos ha precedido en el descanso después del combate, y nos ha precedido con la señal de la fe.

Los que escribimos en este diario, que es de combate, en este diario, que es de católicos, decimos de Joaquín Díaz Garcés: nos ha precedido en el descanso después del combate, y nos ha precedido con la señal de la fe.

Los que escribimos en este diario, que es de combate, en este diario, que es de católicos, decimos de Joaquín Díaz Garcés: nos ha precedido en el descanso después del combate, y nos ha precedido con la señal de la fe.

Los que escribimos en este diario, que es de combate, en este diario, que es de católicos, decimos de Joaquín Díaz Garcés: nos ha precedido en el descanso después del combate, y nos ha precedido con la señal de la fe.

Los que escribimos en este diario, que es de combate, en este diario, que es de católicos, decimos de Joaquín Díaz Garcés: nos ha precedido en el descanso después del combate, y nos ha precedido con la señal de la fe.

Los que escribimos en este diario, que es de combate, en este diario, que es de católicos, decimos de Joaquín Díaz Garcés: nos ha precedido en el descanso después del combate, y nos ha precedido con la señal de la fe.

Los que escribimos en este diario, que es de combate, en este diario, que es de católicos, decimos de Joaquín Díaz Garcés: nos ha precedido en el descanso después del combate, y nos ha precedido con la señal de la fe.

Los que escribimos en este diario, que es de combate, en este diario, que es de católicos, decimos de Joaquín Díaz Garcés: nos ha precedido en el descanso después del combate, y nos ha precedido con la señal de la fe.

Los que escribimos en este diario, que es de combate, en este diario, que es de católicos, decimos de Joaquín Díaz Garcés: nos ha precedido en el descanso después del combate, y nos ha precedido con la señal de la fe.

Los que escribimos en este diario, que es de combate, en este diario, que es de católicos, decimos de Joaquín Díaz Garcés: nos ha precedido en el descanso después del combate, y nos ha precedido con la señal de la fe.

Los que escribimos en este diario, que es de combate, en este diario, que es de católicos, decimos de Joaquín Díaz Garcés: nos ha precedido en el descanso después del combate, y nos ha precedido con la señal de la fe.

Los que escribimos en este diario, que es de combate, en este diario, que es de católicos, decimos de Joaquín Díaz Garcés: nos ha precedido en el descanso después del combate, y nos ha precedido con la señal de la fe.

Los que escribimos en este diario, que es de combate, en este diario, que es de católicos, decimos de Joaquín Díaz Garcés: nos ha precedido en el descanso después del combate, y nos ha precedido con la señal de la fe.

Los que escribimos en este diario, que es de combate, en este diario, que es de católicos, decimos de Joaquín Díaz Garcés: nos ha precedido en el descanso después del combate, y nos ha precedido con la señal de la fe.

Los que escribimos en este diario, que es de combate, en este diario, que es de católicos, decimos de Joaquín Díaz Garcés: nos ha precedido en el descanso después del combate, y nos ha precedido con la señal de la fe.

Los que escribimos en este diario, que es de combate, en este diario, que es de católicos, decimos de Joaquín Díaz Garcés: nos ha precedido en el descanso después del combate, y nos ha precedido con la señal de la fe.

todo eso era Joaquín Díaz espíritu. A Dios le plúgase sacar para los amigos que le pierden. Su grande y bondadoso corazón era capaz de reconciliar con la naturaleza humana al más misántropo de los hombres, y de encender el fuego santo de los ideales y de la fe en el espíritu escéptico y egoísta. Su amistad hacia la vida amable y digna de ser vivida. Por eso su recuerdo no se borrará jamás de la memoria de los que tuvieron la dicha de acercarse y hoy le oran con intenso desconsuelo. El país entero le conocía como el primero de sus periodistas y el más brillante y fascinador de sus hombres de pluma; pero los que le leyeron y admiraron, sólo conocían la mitad de su alma. Para comprenderle y

La vida, las ilusiones y las esperanzas se nos van. Alberto Edwards.

JOAQUIN DIAZ GARCÉS

La muerte acaba de arrebatarnos a Chile uno de sus hijos que mejor lo han servido, dejando en las letras nacionales un vacío difícil, muy difícil de llenar. Joaquín Díaz era todo un patriota; consciente de los deberes del escritor honrado, era al mismo tiempo un educador popular ameno, lleno de ingenio y de vigorosa personalidad. ¿Quién

El escritor que acaba de abandonarnos perteneció al grupo de esos hombres que en todas las sociedades nacen con la vocación de la prensa y el espíritu público. Don Joaquín Díaz Garcés cursó leyes y debió ser abogado; pero las inclinaciones de su espíritu y los sentimientos de su corazón lo hicieron preferir a los triunfos brillantes del foro, los triunfos no menos brillantes del periodismo. Este hombre a quien se acusó de impulsivo, escribió en las primeras horas de la mañana, en el silencio de su biblioteca, cuando muchos de los buenos burgueses santiaguinos no habían dejado aún el lecho. Sentado a su mesa de trabajo, junto a sus libros y a sus autores favoritos, la vocación lo arrastraba siempre haciéndolo sentir una necesidad casi física de vertir en el papel sus pensamientos. ¿Cómo resistir? En la frescura de la mañana, las ideas frescas también crecen, se unen y se dejan dócilmente conducir. El hombre es entonces un esclavo de ellas; y lo es más cuando los principios que ha sustentado—como en este caso—son definidos.

El periodismo es un médico para las debilidades morales de la sociedad; su pluma, un escalpelo que va mostrando al desnudo los miembros viecidos. En esta forma su labor, siempre útil, es a veces ingrata. Por su sinceridad, por el convencimiento de sus ideas, por la valentía que tuvo para exponerlas sin consideraciones de ningún género que las altermasen, el señor Díaz Garcés sufrió muchas veces la impopularidad en ciertos círculos.

Su escalpelo tuvo además, el doble filo de la comprensión y de la sístira; porque su idiosincrasia nos de hijo de este suelo, incisiva a veces, amable en otras, fué siempre diplomática, culta y de buen humor.

Sus armas pudieron ser muy afiladas, muy agudas; sus críticas demasiado certeras y demasiado mordaces; pero unas y otras fueron también nobles por su lealtad. En muchas ocasiones defendió y sirvió a la patria, a los débiles y a los desamparados, a las obras de caridad. Porque don Joaquín Díaz no hizo otra cosa que luchar por causas nobles. Cuantas veces le vimos—en sus veinte años de sano periodismo—ir a las columnas de los diarios como al asalto.

Sus vibrantes artículos hacían sentir su corazón sensible a todas las múltiples manifestaciones de la vida. Muchos confundieron este calor de sinceridad, este entusiasmo sano y generoso, con la pasión partidaria y mezquina. No hubo, sin embargo, tal cosa; porque él nunca escatimó los aplausos para sus adversarios políticos cuando éstos realmente los merecían. Podrían citarse de este hecho muchos casos; no hay para qué en este momento.

En estos últimos años se había hecho más profundo y razonador. Parecía acercarse al polemista político. Pero nunca perdió esa frescura, esa lozanía de los primeros años que muchos abandonan en la mitad del camino.

En la campaña presidencial última, por ejemplo, pensaron algunos que este escritor había abandonado esas cualidades que hicieron el éxito de sus primeros años. Y llegaron hasta acusarle de amargado. Nada más injusto y odioso. André Maurer ha dicho en "Les Ecrivains de la Guerre", que el periodista está obligado a reflejar en sus escritos el ambiente que vive. Don Joaquín Díaz no vibró, en aquellos momentos, sino a los mismos impulsos que la mayoría de sus compatriotas: el país estaba entonces realmente convulsionado, los odios políticos se habían atizado con demasiada ligereza. El reflejo ese ambiente en sus producciones con la sinceridad que le era característica. Si ha debido hacerse un cargo, ha sido

de este mundo, donde su presencia y su ejemplo nos fortalecían y consolaban.

En las horas en que una prédica tendenciosa trata de socavar los sentimientos populares en que descansan los destinos de esta tierra tan querida por las generaciones pasadas, indicábamos hace poco en estas columnas la conveniencia de contrarrestarla con un libro de lectura popular y, como era de justicia, pedíamos que en él se insertara en primer término ese magistral retrato de No Neira, en que Joaquín Díaz había retratado al campesino honrado, leal, generoso y valiente a toda prueba, retrato vivo de un tipo que desgraciadamente va siendo más y más raro entre nosotros.

Algunos de los escritos en la prensa diaria que llevan al pie su firma, recuerdan a Juvenal por el vigor de la forma y por la franqueza y valentía con que trataba de corregir malas prácticas, ejemplos perniciosos que tendían a debilitar la fe en los grandes destinos de la patria que quería con toda la fuerza de su corazón grande y generoso, preocupado siempre de verla considerada y respetada por cuantos en ella viven y prosperan.

Hombre de sanas y profundas convicciones, literato correcto de vasta ilustración, la huella de su personalidad se encuentra en variada forma en la prensa de la capital en la cual colaboró con un desprendimiento y una constancia a la cual algunos de sus órganos debieron la prosperidad y fortuna de que él gozó con tanta escasez durante su laboriosa vida.

Ahora en la rígida inmovilidad de la muerte, si fuera cierto que en ella se sueña, como lo supone Shakespeare, al reparar toda su obra, Joaquín Díaz se sentiría satisfecho, pues constituye un noble ejemplo del deber ampliamente cumplido.

J. Boonen Rivera.

Ha caído en la brecha, combatiendo como bueno. Era el último consuelo que podía dejar a los que lloramos su pérdida, y, generoso, como siempre, nos lo ha dado.

JOAQUIN DIAZ GARCÉS

Del estilo de Joaquín Díaz, podría decirse con el historiador romano que, como la llama, ardía para alumbrar y se ergía para alcanzar. En los últimos meses, cuando el raciocinio y la lógica eran incapaces de llevar la verdad a los tantos cerebros oscurecidos por larga prédica revolucionaria, fué menester la misteriosa vibración de la poesía para llegar a los corazones. El llenó esa misión. Su pluma destiló sombras y luces, y llegó a pintar en un mismo artículo a Recabarren y a Argandoña. Fué un sembrador de los sentimientos que hoy vemos aparecer en todas partes, como una nueva floración del patriotismo.

En estos momentos en que desde fuera golpean nuestros sentidos, y en que a veces nos sientan las carnes, todavía es cruel, la ruptura espontánea alguna astilla mohosa de la propia armadura, todos hemos sentido la falta de un artículo su pluma, inactiva por la enfermedad, que habría sabido traicionar y devolvernos en imágenes nuestras íntimas impresiones.

Y hoy mismo, al abrir el diario para buscar en él un reflejo del dolor que nos produce una partida, ¡cómo sentiremos todo el vacío que deja en estas columnas este admirable poeta del periodismo!

G. F.

JOAQUIN DIAZ GARCÉS

Cuando muere un hombre como Joaquín Díaz Garcés, se va consigo a la tumba un pedazo de la vida de los que que en este mundo, tan lleno de sueños esperanzas para los que desean para los que están al partir.

Los más nobles sentimientos las más generosas aspiraciones de alma aún no endurecidas por la lucha y el dolor, las últimas alegrías de la juventud que

amante como sus amigos le amaban, era necesario sentirlo vibrar momento a momento, siempre a impulsos de lo elevado y lo noble, de la belleza y del bien. Nunca un sentimiento torpe, bajo o mezquino; nunca el cálculo rastroero y egoísta; siempre más alto, en la región de los divinos ideales y de los sentimientos puros y, sobre todo, verdaderos... porque su pluma jamás mintió.

Su clara, rápida y poderosa inteligencia; su refinada y vasta cultura; sus exquisitas dotes de hombre de mundo; la seductora amabilidad de su trato; todas esas cualidades brillantes que tanto le elevaron en nuestra sociedad y en el mundo de los intelectuales, valían poco, muy poco, ante su corazón, uno de los más nobles y fundamentalmente buenos que hayan palpitado en esta tierra de Chile.

En el camino de la vida, muy pocas veces, casi nunca, experimentamos la dicha y el consuelo de encontrar, fundidos en un solo molde, el talento, la ciencia, el arte, la simpatía y la bondad del alma...

En Joaquín Díaz Garcés se había realizado este milagro, y aún otro más prodigioso y raro todavía; era de los primeros por su inteligencia, y acaso el primero por el corazón.

Sería largo, y aún más doloroso que largo, recordar en estos momentos de estupor y congoja uno de sus gestos nobilísimos, nacidos espontáneamente del fondo de su alma escogida, cada vez que le era dado auxiliar al débil, dar la mano al caído y consuelo al triste. Detrachaba entonces los tesoros de su acción y de su pluma, que de otros no podía disponer. Al revés de esos espíritus puramente cerebrales y críticos, parcos en el elogio, implacables en la censura, amargos y desdénosos ante los triunfos y éxitos ajenos, él nunca escribía con más brillo y espontaneidad que en la abundancia y defensa de la virtud o el mérito... Entonces, y sólo entonces, sus escritos reflejaban su alma cast por entero.

Se conservó puro, juvenil, ardiente, optimista, hasta el último aliento de una vida intensa, llena de azares, emociones y desencantos, que no logran empañar siquiera la límpida nobleza de su

alma.

En Chile no se ha deleitado con la lectura de sus admirables páginas en que con mano maestra, Angel Pino, nuestro querido amigo, resume sus estudios, observaciones, recuerdos, en que se reflejan y saltan de relieve las virtudes de nuestro pueblo, su gracia ingénita, su acendrado amor a la patria y al terruño en que vive?

En las horas en que una prédica tendenciosa trata de socavar los sentimientos populares en que descansan los destinos de esta tierra tan querida por las generaciones pasadas, indicábamos hace poco en estas columnas la conveniencia de contrarrestarla con un libro de lectura popular y, como era de justicia, pedíamos que en él se insertara en primer término ese magistral retrato de No Neira, en que Joaquín Díaz había retratado al campesino honrado, leal, generoso y valiente a toda prueba, retrato vivo de un tipo que desgraciadamente va siendo más y más raro entre nosotros.

Algunos de los escritos en la prensa diaria que llevan al pie su firma, recuerdan a Juvenal por el vigor de la forma y por la franqueza y valentía con que trataba de corregir malas prácticas, ejemplos perniciosos que tendían a debilitar la fe en los grandes destinos de la patria que quería con toda la fuerza de su corazón grande y generoso, preocupado siempre de verla considerada y respetada por cuantos en ella viven y prosperan.

Hombre de sanas y profundas convicciones, literato correcto de vasta ilustración, la huella de su personalidad se encuentra en variada forma en la prensa de la capital en la cual colaboró con un desprendimiento y una constancia a la cual algunos de sus órganos debieron la prosperidad y fortuna de que él gozó con tanta escasez durante su laboriosa vida.

Ahora en la rígida inmovilidad de la muerte, si fuera cierto que en ella se sueña, como lo supone Shakespeare, al reparar toda su obra, Joaquín Díaz se sentiría satisfecho, pues constituye un noble ejemplo del deber ampliamente cumplido.

J. Boonen Rivera.

Para mis comprensiones de psicólogo en observación permanente desde antes que estuviera tan de moda el verdadero vicio espiritual de hacer psicologías, los seres humanos se dividen en obreros y artistas.

Existe el abogado—obrero que hace particiones con proligidades de notario y el abogado—artista de los alegatos brillantes; el médico—obrero que atiende a toda una familia atacada de gripe y el médico—artista, tipo Charlin, de las quirurgías audaces; el corredor—obrero que trafica en los de honos y el corredor—artista apto para comprar cincuenta mil Llagunas con variación de diez puntos, en el curso de un día.

Evito referirme a los políticos para establecer el mismo parangón. Estoy implicado: soy político—obrero.

Pienso en estas cosas ante la muerte de Joaquín Díaz Garcés, escritor tan artista!

Sólo esa faceta de su personalidad poderosa deseo elogiar en estas líneas de triste recordación en la hora en que sus otras cualidades merecerán tantos homenajes sentidos.

Joaquín Díaz Garcés era un gran artista, un artifice de las letras, un mago de la pluma. Sabía decir las cosas con un sello imponderable de belleza literaria; plasmaba nuestro rico castellano como pocos escritores han conseguido emplearlo para dar forma artística a las lucubraciones de un cerebro de elección; era su frase amplia y cálida, vaso cincelado, cual los de Benvenuto Cellini, que encerraba la esencia de bellísimas ideas de poeta y pensador...

Juan Duval.

DÓN JOAQUIN DIAZ GARCÉS

El escritor que acaba de abandonarnos perteneció al grupo de esos hombres que en todas las sociedades nacen con la vocación de la prensa y el espíritu público. Don Joaquín Díaz Garcés cursó leyes y debió ser abogado; pero las inclinaciones de su espíritu y los sentimientos de su corazón lo hicieron preferir a los triunfos brillantes del foro, los triunfos no menos brillantes del periodismo. Este hombre a quien se acusó de impulsivo, escribió en las primeras horas de la mañana, en el silencio de su biblioteca, cuando muchos de los buenos burgueses santiaguinos no habían dejado aún el lecho. Sentado a su mesa de trabajo, junto a sus libros y a sus autores favoritos, la vocación lo arrastraba siempre haciéndolo sentir una necesidad casi física de vertir en el papel sus pensamientos. ¿Cómo resistir? En la frescura de la mañana, las ideas frescas también crecen, se unen y se dejan dócilmente conducir. El hombre es entonces un esclavo de ellas; y lo es más cuando los principios que ha sustentado—como en este caso—son definidos.

El periodismo es un médico para las debilidades morales de la sociedad; su pluma, un escalpelo que va mostrando al desnudo los miembros viecidos. En esta forma su labor, siempre útil, es a veces ingrata. Por su sinceridad, por el convencimiento de sus ideas, por la valentía que tuvo para exponerlas sin consideraciones de ningún género que las altermasen, el señor Díaz Garcés sufrió muchas veces la impopularidad en ciertos círculos.

Su escalpelo tuvo además, el doble filo de la comprensión y de la sístira; porque su idiosincrasia nos de hijo de este suelo, incisiva a veces, amable en otras, fué siempre diplomática, culta y de buen humor.

Sus armas pudieron ser muy afiladas, muy agudas; sus críticas demasiado certeras y demasiado mordaces; pero unas y otras fueron también nobles por su lealtad. En muchas ocasiones defendió y sirvió a la patria, a los débiles y a los desamparados, a las obras de caridad. Porque don Joaquín Díaz no hizo otra cosa que luchar por causas nobles. Cuantas veces le vimos—en sus veinte años de sano periodismo—ir a las columnas de los diarios como al asalto.

Sus vibrantes artículos hacían sentir su corazón sensible a todas las múltiples manifestaciones de la vida. Muchos confundieron este calor de sinceridad, este entusiasmo sano y generoso, con la pasión partidaria y mezquina. No hubo, sin embargo, tal cosa; porque él nunca escatimó los aplausos para sus adversarios políticos cuando éstos realmente los merecían. Podrían citarse de este hecho muchos casos; no hay para qué en este momento.

En estos últimos años se había hecho más profundo y razonador. Parecía acercarse al polemista político. Pero nunca perdió esa frescura, esa lozanía de los primeros años que muchos abandonan en la mitad del camino.

En la campaña presidencial última, por ejemplo, pensaron algunos que este escritor había abandonado esas cualidades que hicieron el éxito de sus primeros años. Y llegaron hasta acusarle de amargado. Nada más injusto y odioso. André Maurer ha dicho en "Les Ecrivains de la Guerre", que el periodista está obligado a reflejar en sus escritos el ambiente que vive. Don Joaquín Díaz no vibró, en aquellos momentos, sino a los mismos impulsos que la mayoría de sus compatriotas: el país estaba entonces realmente convulsionado, los odios políticos se habían atizado con demasiada ligereza. El reflejo ese ambiente en sus producciones con la sinceridad que le era característica. Si ha debido hacerse un cargo, ha sido

de este mundo, donde su presencia y su ejemplo nos fortalecían y consolaban.

En las horas en que una prédica tendenciosa trata de socavar los sentimientos populares en que descansan los destinos de esta tierra tan querida por las generaciones pasadas, indicábamos hace poco en estas columnas la conveniencia de contrarrestarla con un libro de lectura popular y, como era de justicia, pedíamos que en él se insertara en primer término ese magistral retrato de No Neira, en que Joaquín Díaz había retratado al campesino honrado, leal, generoso y valiente a toda prueba, retrato vivo de un tipo que desgraciadamente va siendo más y más raro entre nosotros.

Algunos de los escritos en la prensa diaria que llevan al pie su firma, recuerdan a Juvenal por el vigor de la forma y por la franqueza y valentía con que trataba de corregir malas prácticas, ejemplos perniciosos que tendían a debilitar la fe en los grandes destinos de la patria que quería con toda la fuerza de su corazón grande y generoso, preocupado siempre de verla considerada y respetada por cuantos en ella viven y prosperan.

Hombre de sanas y profundas convicciones, literato correcto de vasta ilustración, la huella de su personalidad se encuentra en variada forma en la prensa de la capital en la cual colaboró con un desprendimiento y una constancia a la cual algunos de sus órganos debieron la prosperidad y fortuna de que él gozó con tanta escasez durante su laboriosa vida.

Ahora en la rígida inmovilidad de la muerte, si fuera cierto que en ella se sueña, como lo supone Shakespeare, al reparar toda su obra, Joaquín Díaz se sentiría satisfecho, pues constituye un noble ejemplo del deber ampliamente cumplido.

J. Boonen Rivera.

Don Joaquín Díaz como todos los hombres superiores tuvo sus peculiaridades características, y la crítica humana siempre alerta no deja nunca de notarlas. Acaso en su laboriosa existencia pudo incurrir en debilidades inherentes a nuestra propia naturaleza, ya que de ellas no escapan ni las más altas inteligencias, ni los caracteres mejor templados. No hay para qué investigarlo ahora. Cuando a la luz de la tarde y a la distancia se contemplan las cimas elevadas que dominan la llanura, la vista no percibe sino su silueta armónica y majestuosa, dejando ocultas en las sombras las pequeñas sinuosidades de sus flancos.

Fué en la intimidad un hombre amable y cariñoso, un charlador fino y espiritual. Gustó de todos los placeres de su tiempo, vivió su vida intensa y noblemente, contribuyó a que muchos surgiesen prosperasen bajo su influencia, aún hiciesen su fortuna; y dejó poco o nada para él. Encontró el reconocimiento de su hogar, y especialmente en su mujer, la distinguida señora María Besa, un sostén generoso que le hizo conservar—según sus fieles y emocionadas palabras—"la integridad de sus principios y el optimismo al través de la lucha".

No ha gozado de la dulce satisfacción de ver publicada su novela "La Voz del Torrente", que queda en prensa; y cuyas últimas páginas corrigió en los días tristes de su larga dolencia. Deja también algunos libros en preparación, sobre arte, viajes y tradiciones nacionales. El escritor que se prodigó en el diario por servir a sus semejantes no tuvo días de vida para consagrarnos a sus propios intereses y acrecentar aún más el brillo de su personalidad: como ser la publicación de algunas de sus obras.

Nosotros que le conocimos y le admiramos con cariño, hemos escrito estas derpeñadas líneas a su memoria, acaso sin tener la autoridad y los años de experiencia para ello.

Decimos solamente que están escritas con toda la sinceridad de que somos capaces. Y si agregamos que es la gratitud quien las dicta, debemos confesar que el goce y el dolor—sentimientos encontrados—se duplican para quien las escribe.

(J. M.)

BENDITA ENTRE LAS MUJERES

(Artículo del señor Díaz Garcés, publicado el 8 de Diciembre de 1920)

Dulcemente tañan las campanas, rezaban las aldeas...

En el rincón más recogido de toda buena y antigua casa de Santiago, pobre o rica, desde el día de Noviembre a la mañana de hoy, un altar pequeño arreglado por blancas y finas manos de mujer, ha escuchado las tiernas plegarias del Mes de María.

Llamitas tamborilesas entre nardos blancos y encajes doblados y tenues sobre el ara familiar, es un culto de hogar y de recuerdos.

Nos hace recordar el de los lares romanos en los atrios soleados de mármol, porque la blanda oración y el murmullo de palomas repite durante treinta días junto con el nombre de la Madre de Dios esta invocación melodiosa...

"Vuestro santuario resplandece con nuevo brillo, y nuestras manos se han elevado un Ironia, no osáis por satisfechos con estos homenajes y lozanía jamás pasan; hay coronas que no se marchitan... la rosa cuyo brillo agrada a vuestros ojos es la caridad, el amor a Dios y a nuestros hermanos; nos amaremos, pues, los unos a los otros, como hijos de una misma familia cuya madre sois, viviendo en la dulzura de una concordia fraternal..."

Este es el culto a la virgen niña, a la virgen flor, a la que se había el beato Angélico con aureo mordaces; pero unas y otras fueron también nobles por su lealtad. En muchas ocasiones defendió y sirvió a la patria, a los débiles y a los desamparados, a las obras de caridad. Porque don Joaquín Díaz no hizo otra cosa que luchar por causas nobles. Cuantas veces le vimos—en sus veinte años de sano periodismo—ir a las columnas de los diarios como al asalto.

Sus vibrantes artículos hacían sentir su corazón sensible a todas las múltiples manifestaciones de la vida. Muchos confundieron este calor de sinceridad, este entusiasmo sano y generoso, con la pasión partidaria y mezquina. No hubo, sin embargo, tal cosa; porque él nunca escatimó los aplausos para sus adversarios políticos cuando éstos realmente los merecían. Podrían citarse de este hecho muchos casos; no hay para qué en este momento.

En estos últimos años se había hecho más profundo y razonador. Parec